

EL PAÍS DEL ESCRITOR

Gustavo Valle

EL PAÍS DEL ESCRITOR

milena caserola
EL 8vo. LOCO
EDICIONES

Todos los izquierdos reservados.

Caso contrario, remitirse a la lista de libros censurados en las distintas dictaduras y democracias. Privar a alguien de quemar un libro a la luz de una fotocopiadora es promover la desaparición de lectores.

EL PAÍS DEL ESCRITOR

Contacto con el autor:
gustavalle@yahoo.es

Coordinación general del proyecto
Ana Ojeda / Nicolás Correa / Marcos Almada
exposiciondelaactual@gmail.com

Coordinación gráfica
Laura Ojeda Bár
laura.ojeda.bar@gmail.com
laura-o.tumblr.com

Producción
Matías Reck
losreck@hotmail.com

www.exposiciondelaactual.blogspot.com

(LA FE)

Frente a mí la Iglesia Evangélica Pentecostal Puerta del Cielo, con su letrero amarillo al borde de la vereda donde figura *Bienvenidos...* Os saludan las iglesias de Cristo; con su polvorienta vitrina donde hay biblia y revistas a la venta junto con otros objetos de devoción y un cartel con los horarios de la misa. Es un edificio sin gracia, bastante humilde, de un gris escrupuloso, que ha ido sumando un piso tras otro gracias al diezmo de los creyentes hasta alcanzar, con su aguje-

reado tanque de agua en la azotea, una parte de ese cielo que se abroga.

Yo me encuentro ahora en el balcón de mi casa (un sexto piso con ficus y canteros con geranios) desde donde veo el techo de la iglesia que poco a poco se está inundando. Tengo entre mis manos *La luna y las fogatas* de Cesare Pavese y lo leo de manera intermitente ante el eventual desplome de la azotea pentecostal. Por supuesto pienso en avisar acerca de la inundación. Pienso en llamar al 911 y consignar la denuncia. Pienso incluso en bajar los seis pisos que me separan de la Iglesia para advertirles del peligro... Pero sólo pienso, y al final no hago nada. Me convenzo, con argumentos irrefutables, de que la tragedia jamás ocurrirá. Es un típico sobresalto de mi mente fatalista y paranoica, me digo. Ellos están al tanto de la avería y no hace falta que baje. En el

peor de los casos, de ocurrir algo, Dios estará del lado de ellos.

Un inmigrante suele practicar la indolencia ante situaciones de este tipo. Se ubica detrás de su extranjería para eludir ciertos deberes ciudadanos. Opta por no preocuparse; ya tiene suficientes preocupaciones encima. Piensa que siempre habrá un vecino o un portero que se adelante, que maneje mejor los mecanismos de respuesta. Lo más probable es que alguien haya llamado a la policía o los bomberos; varias unidades deben estar en camino. Además, él teme que su aviso de inundación no sea escuchado o peor aún, que sea recibido como un alerta ridículo. Y él no puede darse el lujo de quedar en ridículo.

Un inmigrante (al menos este) no es precisamente un héroe. Tampoco es un antihéroe. Un inmigrante es un inmi-

grante. Un hombre, como cualquier otro, sin demasiados atributos.

He comenzado por las conclusiones: sepan disculparme. A veces comenzar así es la mejor manera de extraviarnos. Vayamos entonces poco a poco.

Mi hipótesis sería esta: si registro lo que está al alcance de mis manos veré mejor mis propias manos. Si pinto mi aldea (así sea mi aldea adoptiva) me pintaré a mí mismo. Se trata, como ven, de una hipótesis simple. Me propongo, pues, inventariar lo que se encuentra a cincuenta metros a la redonda, registrar la diminuta galaxia barrial que me acompaña todos los días junto con sus noches.

Un inmigrante medianamente consciente de su rol de inmigrante debe localizar con la mayor exactitud posible sus coordenadas, trazar su GPS no espiritual sino territorial, y en una escala

casi milimétrica atrapar ese sitio voluble en el que habita como una forma de poner los pies en la tierra (*tierra*, esa palabra tan escurridiza para un inmigrante, esa voz que cobra elusivos significados para el que está acostumbrado a entrar y salir). Repito *tierra*, y es como arena que se filtra entre mis manos.

Alguno juzgará arbitrario el inventario que me dispongo hacer. Pensará que antes debo reflexionar acerca de mi testaruda existencia extranjera: las diferencias y semejanzas entre el exilio, el destierro o la emigración (drama, tragedia y comedia). Qué implica escapar, quedarse o dejarse llevar por la inercia hacia otras geografías. Qué es viajar y qué es vivir afuera (afuera de dónde, de qué), o qué consecuencias tiene abandonar constantemente lo que se supone le *pertenece a uno?*, para luego pasarse la vida reconstru-

yendo ese lugar en sucesivas versiones incompletas. En definitiva, qué es esa pertinaz tendencia a ser de otra parte, o por qué uno decide la distancia en vez de la cercanía o, si al caso vamos, dónde se está cerca y dónde se está lejos, cuál es el lugar asignado si es que eso existe, porque con los años ese lugar puede ser todos los lugares y a la vez ninguno, y la voluntad de pertenencia es más parecido a una fantasía doméstica (casa grande con jardín y recio perro vigilante, digamos), que a un estado del alma. ¿Y qué diablos es un “estado del alma”?

Dicho esto, un relevamiento de lo que me rodea puede fijar mejor ese fantasma que es la conciencia de un extranjero. Y si hablamos de fantasmas nada mejor que comenzar por la Iglesia Evangélica Pentecostal Puerta del Cielo, con sus cantos de domingo

(aunque hay misa varios días a la semana), esos coros melifluos que oigo como si rebotaran contra el aire y que hablan de la resurrección del señor en tiempos de inflación galopante y estados laicos peronistas. O al menos eso alcanzo a entender o imaginar, pues aguzo el oído, pongo atención, me esfuerzo, y sin embargo apenas rescato palabras deshilachadas: *señor, salve, piedad, amor, consuelo*. El resto, es decir, la manera en que esas palabras se integran para conformar un mensaje, lo pierdo entre los ruidos de las ambulancias que llegan a la urgencia del Hospital Italiano que está en la otra cuadra, o los bocinazos de los automovilistas que se han visto sorprendidos por el semáforo roto, o los gritos del vecino del séptimo que practica un harakiri nacional y popular con cada gol que la selección no hace.

Tengo vista hacia el norte, hacia Palermo, y puedo ver los aviones de Austral y Gol que a lo lejos pasan como pesados zancudos rumbo al Aeroparque. Veo también unos sesenta o setenta edificios: sus antenas tapizando las azoteas hablan de un pasado inmediato (antes de la televisión por cable), y a pesar de lo oxidadas e inservibles se mantienen como auténticos íconos de la ciudad. El *skyline* de Buenos Aires luce esta inconfundible corona de hierros retorcidos.

Los feligreses van llegando por go-teo. Algunos caminan en pequeños grupos familiares, arrastrando, las mujeres, indumentarias que parecen salir de domésticas máquinas de coser Singer. Pienso que esas faldas por debajo de la rodilla color tamarindo no las venden en las tiendas de la avenida Cabildo ni de Once (aunque se pare-

cen mucho a las que lucen las judías ortodoxas de Once), y mucho menos en las boutiques del Shopping Abasto. Son, pienso, faldones que estas damas higiénicas y severas confeccionan en las mesas de sus comedores mientras ven por televisión los programas de los enervados sacerdotes brasileños, o escuchan por la radio canciones en ritmo de cumbia que llaman a la salvación eterna. Van, pues, con sus faldas severas y su prole tamarindo, y los caballeros que encabezan la caravana arriba de sus zapatos de suela bailando dentro de pantalones de pinzas, morenos casi todos bajo sus camisas blancas abotonadas hasta el cuello. Veo a este grupo acercarse y cruzar la portezuela de la Iglesia que el mismo sacerdote (un hombre joven y discreto) mantiene abierta y los recibe con ruidosa cordialidad, como si más que feli-

greses fueran amigos o vecinos, como si en vez de habitar en esta megalópolis porteña discurrieran en la vereda de algún pueblo de provincia.

Lo sé: estoy en vías de convertirme en un viejo chismoso de los que abundan en Almagro. Especulo acerca de la vida de mis vecinos, alimento biografías de gente que no me conoce ni yo a ellas. Y mientras interpreto sus gestos e imagino sus conversaciones leo *La luna y las fogatas*, de Cesare Pavese:

No sabía que crecer significaba irse, envejecer, ver morir a alguien.

Detengo mi inventario para pensar en esos temas luctuosos. La muerte. Pero no pienso en la mía y tampoco en la de los otros sino en la muerte como *eso* que ya no está, lo que desapareció, lo que en definitiva hemos dejamos

atrás. Se me antoja que el inmigrante suele acelerar ese proceso de desaparición de su entorno. A veces su vida opera como una máquina borradora de contextos. Con frecuencia es un sujeto descontextualizado, y quizás por eso mi insistencia en llevar adelante este descabezado inventario.

También me da por pensar en mi agnosticismo militante. Esa porfiada convicción que no alcanza con negar o ningunear a un Dios. Que no cristaliza en un ateísmo soberbio y menos en una fe dogmática pues adquiere la forma de una duda larguísima, casi infinita, un no saber si el Fulano existe o no existe, ni tampoco requerir explicación al respecto, porque no hay teología ni ciencia que a esta altura pueda disuadirme, ni tampoco ideologías que me convenzan de lo contrario. Una melindrosa actitud, dirán mis enemigos, ante

asuntos que para otros son de suprema importancia. Y entonces veo allá abajo, caminando al encuentro de la Iglesia a estos feligreses que acuden al templo con tanto entusiasmo... No los enviendo y tampoco pretendo deconstruir sus ingenuidades ni combatir sus dogmas. Yo sólo quiero recordarlos en el lugar en el que están, frente a mí, allá abajo, a escasos metros, fijarlos en mi mapa mental y barrial, ejercer mi propia entomología ciudadana, saber que mi casa en Buenos Aires tiene enfrente una Iglesia, y a escasos metros, en realidad en la puerta de al lado, como si se tratase de una deliberada coincidencia, se encuentra la lavandería china.

(LA LIMPIEZA)

La cercanía entre estos dos negocios de la limpieza, uno del alma y otro de la ropa, no es casual y me obliga a pensar en un irónico urbanista que ha unido, medianera de por medio, la eucaristía con los detergentes, Oriente y Occidente. Imagino que este orden aleatorio contiene un sentido profundo, una razón escrita en el ajedrez invisible del catastro. Pienso que estoy obligado a descifrar ese orden en apariencia circunstancial y otorgarle un valor, o en todo caso interpretar por qué una Iglesia tiene a su

lado una lavandería, si acaso pertene-
cen ambos locales al mismo dueño o si
son, digamos, negocios complementa-
rios que se apoyan mutuamente para
mejorar sus servicios. Quizás las faldas
tamarindo son llevadas allí junto a las
camisas blancas de los caballeros cre-
yentes, o por qué no, los criollos que
atienden la lavandería (de un tiempo
para acá los chinos subcontratan a
criollos en sus negocios; así ha sido el
ascenso social de estos enigmáticos in-
migrantes), digo, estos criollos ¿acaso
harán proselitismo a espaldas de sus
patrones a favor del templo? ¿Recluta-
rán entre sus clientes frescos feligreses,
limpios de ropa al menos, que ven en la
Iglesia Evangélica Pentecostal Puerta
del Cielo un lugar donde comunicarse
con otra fe que no sea la de *Bailando por*
un sueño, el engendro de Marcelo Tine-
lli que rompe el rating todas las noches

con su show maratónico, sicalíptico y
argentino?

Mientras pienso en estas cosas mi
hijo Manuel se acerca al balcón para
hacer sus labores de jardinería. Me
pregunta qué estoy haciendo y le
digo que estoy leyendo (le enseño el
libro de Pavese) y escribiendo sobre
la Iglesia (le enseño el cuaderno que
contiene estas líneas). Él comienza a
jugar con las herramientas que le re-
galamos en las navidades; se siente
orgulloso de sus habilidades y sobre
todo de una planta de lechuga que ha
sembrado, cosechado y comido. Ahora
lo observo sacar la tierra de uno de
los canteros, abonar con compuesto
nuevo, regar el ficus y transplantar un
pequeño geranio. Se me ocurre pensar
que sus conceptos de tierra, territorio,
plantar y transplantar están, a pesar
de sus seis años, mucho más desarro-

llados que los míos. Y concluyo que en vez de papel y lápiz lo que yo necesito es una pala, una regadora y un rastrillo.

—¿Iglesia? —pregunta, y yo le indico el lugar, allí al lado del plátano enorme, entre la casa de ladrillos y la lavandería. Él asoma su cabeza por entre la red de protección y no ve nada más que un edificio gris de tres pisos con un letrero amarillo.

—¿Y qué es una iglesia? —Manuel no conoce lo que es el agua bendita, las ofrendas a los santos, el olor de la mierra ni ningún otro artilugio líquido o sólido proveniente de la fe. Lo hemos criado en un hogar radicalmente laico. Convenientemente laico.

—Una iglesia es un lugar donde la gente va rezar —le digo para ganar tiempo mientras pienso una respuesta más ilustrativa.

—¿Rezar? —parece que le he dicho algo en otro idioma.

—Hay gente —aclaro— que se comunica con Dios. Las iglesias sirven para que las personas que lo deseen se comuniquen con Dios.

—¿Y cómo se comunican?

—Bueno... como en sueños —arriesgo una respuesta—, como si le hablaras a alguien en sueños.

—Qué raro —dice, pero no parece darle importancia.

Pienso que la charla teológica ha concluido. Manuel agarra la pala y cava en la maseta para sacar la tierra vieja y colocar la nueva, planta el geranio y encima coloca unos cantos rodados que sirven de decoración. Yo me siento relativamente satisfecho con mis respuestas y creo haber sorteado la coyuntura. Pero de pronto abandona la pala, levanta la mirada, observa un

avión que va cortando el cielo, y arroja:
-¿Y qué es Dios, papá?

(LA CARNE)

Justo frente a la Iglesia y la lavandería, en toda la esquina de la calle Yatay, donde hábiles motochorros rompen casi a diario los cristales de los autos estacionados para robar los reproductores o hurtan las carteras de las mujeres desprevenidas que esperan su turno para cruzar el semáforo, se encuentra el negocio más emblemático del barrio: la carnicería. El templo del espíritu enfrentado al santuario de la carne. De un lado la abstracción pudorosa y del otro el sensual materialismo.

Cacho, un tipo de unos sesenta y

pico, ex cantante de milongas, hincha del club deportivo Chacarita (eterno perdedor del fútbol argentino), de dedos hipertrofiados, joroba temible, alopecia legendaria y nariz de gancho, es el encargado del arte de cortar con los cuchillos. Como aquel marqués de Villena del siglo XVII, autor del famoso *Arte Cisoría*, Cacho detenta una sabiduría equivalente a la de cualquier intermediario de Dios en la tierra. Él resume la quintaesencia de un porteño venido de abajo con sus atributos y taras a flor de piel: la franqueza en el trato, el amor hacia los niños (nunca faltan golosinas para Manuel), el comentario político arbitrario y despiadado, y un notable interés por las actividades culturales: años tras año, sin falta, lleva a sus cinco nietos a la Feria del Libro.

Con sus manos ciclópeas elabora

firuletes con los cuchillos y corta delgadas milanesas a partir de un jugoso trozo de nalga o de una sangrienta bola de lomo; extrae con eficacia la piña que está dentro del cuadril o corta longitudinalmente, con la ayuda de la sierra eléctrica, un largo asado de tira (“esto es una manteca”, dice). Y mientras corta habla. Y habla mucho. Y con la misma precisión con que separa la grasa de la carne deja colar sus agudas paradojas: “un cuchillo afilado es un cuchillo seguro”, dice, y yo me voy a casa con la carne (y un nuevo aprendizaje) dentro de la bolsa.

Me imagino a Cacho como uno de esos personajes de *El matadero* de Esteban Echeverría: violento, ingenuo, intransigente. Alguien que llegado el caso podría cometer un homicidio en defensa propia. De hecho, cuando habla de la creciente inseguridad que

golpea al país, suele echar mano de metáforas *ad hoc* como “cortar la cabeza” de los delincuentes, o agarra el gancho donde cuelga la media res en la cámara frigorífica para simular el gesto de enterrarlo (en las entrañas de un delincuente, claro) mediante un movimiento sorpresivo. A pesar de todo esto (pienso que de manera idéntica a las paradojas que formula) Cacho es un hombre radicalmente tierno y en los bolsillos de su bata ensangrentada siempre hay caramelos y chupetines para los niños.

(EL PAÍS DEL ESCRITOR)

La iglesia, la lavandería y la carnicería. Y a pocos metros la venta de lubricantes automotores; aceites fósiles cuya tarea es permitir que todo, en la medida de lo posible, fluya. Porque en la calle Perón (¿he dicho que todo esto ocurre en la calle Tte. Grl. Juan D. Perón, entre Pringles y Yatay?) la vida no siempre fluye, más bien se atasca.

Es el caso de dos hermanos (eso creo, son idénticos: mismos huesos puntiagudos, mismos ojos desorbitados) que se instalaron al lado de la carnicería,

es decir, frente a la iglesia y la lavandería, diagonal a la venta de lubricantes. Llegaron hace un año arrastrando sus bultos percudidos y su largo tufo a Termidor en tetrabrick. Eligieron los escalones de la puerta adyacente e hicieron campamento con sus colchones de goma espuma y sus trapos amontonadas. Siempre saludan a los vecinos y preguntan la hora y a veces piden monedas a los autos detenidos en el semáforo. Cuando llega el invierno se quedan hieráticos bajo el cono de luz que baja de la copa de los plátanos y fuman cigarrillos que piden a los transeúntes o beben caldos humeantes que sujetan con sus guantes agujereados. Luego, cuando llega la noche, acuden al estacionamiento del pequeño almacén textil que está en la otra cuadra, y allí se refugiaban hasta el día siguiente.

Es curioso, pero durante el año que

han permanecido allí no he visto a ningún miembro de la Iglesia Evangélica Pentecostal Puerta del Cielo acercarles un cuenco con lentejas o un poco de pan. Yo tampoco lo he hecho, es cierto, pero sé que una vecina les ofrece comida preparada por ella misma, servida en envases plásticos. También un hombre de unos sesenta años charla con ellos e intercambia cigarrillos, y Cacho, al final de la jornada les obsequia con algún pedazo de falda que luego guisan en el estacionamiento del almacén textil. Tampoco he visto que la gente del Gobierno de la Ciudad los ayude, a pesar de que existe un programa de albergues y comedores públicos. La lavandería, por supuesto, no ofrece quitar las manchas de sus ropa percudidas y la tienda de lubricantes nada puede hacer con quienes carecen de vehículos. Quizás por todo esto los

amigos *clochards* han preferido semanas atrás mudarse a otra parte. Los he visto retozar en las veredas del pasaje Bogado, incluso ahora integran una tropa mendicante que anda por los lados de Potosí, cerca de un edificio ocupado.

Ahora (demasiado tarde) advierto que estos dos hermanos fueron durante un año los inmigrantes visibles de mi calle, miserables viajantes en busca de refugio o asilo. Gente que llevó su renuncia y despojamiento a niveles franciscanos (y etílicos), personas cuya condición migratoria es la única condición que les queda. No muy distintos, a decir verdad, de lo que seré, de lo que alguna vez fui o de lo que a veces pienso que soy. Y este paralelismo, sin duda un poco fantasmal e inexacto, esta identificación más o menos oblicua, me produce una molesta

inestabilidad moral. Claro que ahora no sirve de nada arrepentirme, pero sobre mí pesa el no haberles echado una mano o no haberme detenido a conversar un rato con ellos. ¿Por qué no lo hice? ¿Qué me frenó? Al intentar una respuesta sólo encuentro endebles y bajos argumentos, explicaciones autocomplacientes que no conducen a ningún lado. Primero fue el techo de la Iglesia, y ahora los hermanos *Clochards*. Asignatura pendiente: revisar cuánto antes mis niveles de participación ciudadana.

Hay otros negocios que hacen vida en mi calle: la panadería de los panes duros, la cerrajería secreta del paraguayo, la verdulería boliviana, el taller de reparación de hornos y heladeras, el almacén del chino misterioso y el kiosco nocturno de Ricardo en el que, según cuentan, venden merca con el

favor de la policía. También están los vecinos de mi edificio: las hermanas locas del octavo, el escandaloso hincha del séptimo, la psicoanalista del tercero, o la encargada del edificio que, haga lo que haga (pula el piso, limpie la vereda, o suba a la azotea a colgar ropa) nunca deja de hablar por teléfono.

Lo que me rodea me delimita; es la prolongación de lo que soy. Yo y mis circunstancias callejeras, yo y mis veredas rotas, y mi Iglesia en la que no creo, y mi carnicería a la que acudo casi a diario, y la lavandería que me salva cuando muere el lavarropas. Pequeña galaxia de satélites que orbitan alrededor de mi estrecho campo gravitatorio. Y sin embargo, ¿no será al revés, digo, que en vez de yo atraerlos, ellos me atraen a mí, como si yo fuera una especie de meteorito que ha caído en lo ancho de la sabana? Corrijo: soy yo el

satélite (o el meteorito) de este microcosmos urbano, sideral e indescifrable.

Retomo el libro de Pavese:

¿Es posible que a los cuarenta años y habiendo visto tanto mundo todavía no sepa cuál es mi país?

Yo creo haber aprendido a identificar, con enorme lentitud y esfuerzo, cuál es ese país. Y sin ánimo de dar lecciones creo que el país del escritor es simplemente el lugar donde escribe. El albergue, así sea accidental o provisorio, donde realiza su actividad. Ese rincón adonde fue alguna vez empujado por obra de la voluntad, el destino o la inercia. Las coordenadas desapasionadas que lo fijan a la silla.

Por eso escribo acerca de la calle Tte. Grl. Juan D. Perón, a la altura de Yatay, desde un balcón a la calle, sexto piso,

a pesar del ruido de las ambulancias y los cantos amortiguados de los feli-greses, a pesar de las interrupciones de Manuel que, rastrillo en mano, vuelve a preguntar asuntos de gran profundidad teologal. Escribo, a fin de cuentas, para procurarme un lugar donde escribir.

De nuevo, Pavese:

Un país quiere decir no estar solos, saber que en la gente, en las plantas, en la tierra hay algo tuyos, que aún cuando no estés te sigue esperando.

Yo no creo que exista un país que lo esté esperando a uno, ni a nadie. Más bien uno está esperando ese país. Pero como un país suele ser algo que demora en llegar, entonces uno lo espera, y también lo vive y además lo inventa. Y la articulación de esas tres operacio-

nes da como resultado un país posible. Transitorio, escurridizo, incompleto, pero posible. Yo sugiero tener siempre cerca un país con estas características. Entre otras cosas para mejorar nuestros niveles de participación ciudadana, y de paso neutralizar la máquina borradora de contextos.

REVELACIÓN DE LA SERVILLETA

Madrid. Para poder escribir una novela me instalé en una pensión. Yo la llamaba la pensión Galileo, pues todo giraba a su alrededor. Allí vivían, entre otros individuos, un fotógrafo porno de Guayaquil, y un sin fin de estudiantes latinoamericanos; estudiantes latinoamericanos hay hasta por debajo de las alfombras. En la entrada estaba Mario, el portero, un militante del Partido Comunista que mascullaba consignas con un puro imantado a su boca.

Un día de invierno seco y estepario, se rompió la calefacción. A mi habitación llegó una cuadrilla de obreros in-

tegrada por Beto, el capataz asturiano, y un tipo de Lituania que no hablaba español y que respondía al nombre de Vasili. Trajeron picos, palas, bolsas para escombros, masa. La relación entre ambos era, digamos, ortodoxa: Beto ordenaba, y Vasili, con cara de mujik imperturbable, obedecía. El asturiano localizó la línea del zócalo, y mientras señalaba a un punto imaginario, dijo:

¡Aquí, Vasili, rompe! Y Vasili, que era fuerte como un oso, descargó un mandarriazo.

¡Allá, Vasili, rompe! Y el lituano multiplicó los boquetes.

Al cabo de una hora mi habitación era una ruina. La fuga de aire, de gas, de agua caliente, nunca supe de qué, jamás la encontraron. Beto y Vasili se fueron y yo me quedé escribiendo. Sentado en mi mesita redonda, frente a la computadora, con dramatismo me

dije a mí mismo: jamás podré escribir la puta novela.

Ese era mi lugar. El lugar del escritor. Frente a la mesita redonda, tiritando de frío, mirando los boquetes de Vasili. Tras unos minutos en blanco, apagué la máquina y me entretuve leyendo el “Poema sobre el desastre de Lisboa” de Voltaire.

Cambié de habitación. Me dieron una interna, cuya ventana daba a los departamentos posteriores del edificio. Allí instalé mi mesita, mi computadora y ordené mis libros.

Un día, mientras estaba tecleando, observé en el departamento de enfrente movimientos sospechosos. Eché mano de mis binóculos y quedé petrificado al ver aquello: era el fotógrafo porno de Guayaquil. La ventana de mi habitación daba justo al estudio del

profesional ecuatoriano.

Ahorráré los detalles de este perturbador descubrimiento. Sólo diré que fueron días de gran sequía intelectual, y no pude más que garabatear algunas líneas, todas desecharables. Acarreé una especie de estopa mental de la que me fue imposible sustraerme. Previendo una sequía demasiado prolongada, pedí cambio de habitación, y para ello hablé con Mario, el de la portería.

Mario me indicó que debía hablar con Lucía, y Lucía me dijo que mejor hablaría con Francisco, quien me obligó a llenar un formulario. Cuando le entregué el formulario, Francisco me dijo que no había habitaciones disponibles. Y como mis economías eran precarias, opté por compartir con unos venezolanos.

El grupo de venezolanos estaba integrado por tres buscavidas que trabajaban como relaciones públicas en

las discotecas de Madrid. Su jornada laboral comenzaba a las doce de las noche y terminaba a las diez de la mañana. Perfecto para mis hábitos literarios, pensé, pues podía escribir todo el día, mientras los RRPP descansaban. Y así fue. Pero apenas se paraban de la cama, mi jornada concluía. Ponían *La Oreja de Van Gogh* a todo volumen, e iniciaban la preparación de su única comida diaria: espaguetis con atún.

Pronto me largué de allí, y fui a parar al piso de un Cordobés que adoraba al presidente Chávez. Pero más que a Chávez adoraba a una blonda alemana que compartía el piso con él. Por alguna razón que yo jamás comprendí, el cordobés pensó que yo cortejaba a la blonda alemana. Y entre sus vivas a Chávez y sus celos imaginarios, juzgué conveniente marcharme antes de desencadenar otro Cordobazo.

Salí arrastrando mi valija, mi computadora, mis libros, a lo largo de un Madrid nocturno, que ahora me era hostil.

Mientras caminaba pensé en lo desdichado que era, en el destino que me había tocado, y en cómo diablos iba a hacer para encontrar un lugar tranquilo, no digo un estudio con biblioteca y perro fiel, sino simplemente un lugar donde poder escribir.

Pernocté en un hotelucho en Moncloa, cuyas sábanas (y también su dueño) apestaban a naftalina. No recuerdo cuál de las pesadillas que tuve fue más espeluznante: si la del avión en llamas, o la del escritor fracasado. Al día siguiente, salté de la cama, y sin apenas probar el desayuno, me fui a Barajas para subirme a un avión rumbo a Buenos Aires.

Mi llegada a Buenos Aires coincidió con el corralito. Como había abierto

una pequeña cuenta bancaria, tuve enormes inconvenientes para usar mi propio dinero. A mi precaria economía se sumaba ahora la precariedad argentina. Pronto me convertí en escritor fantasma, convencido de que de esa forma podía encontrar algo más de dinero, y con ello un domicilio menos transitorio. Escribí acerca de la aristocracia europea, concretamente sobre el aporte de las marquesas y condesas; escribí acerca de la diabetes en adultos mayores; y también sobre política –un diputado contrató mis servicios, meses antes de una campaña electoral.

No me fue mal. Pero pronto advertí que a un escritor fantasma nadie lo ve, y si nadie lo ve, nadie lo encuentra. Y si nadie lo encuentra, no existe. Y por aquella época yo necesitaba existir, pero sobre todo necesitaba un domi-

lio, un lugar donde estar, un lugar para escribir.

Arrendé un estupendo espacio en el barrio de Villa Crespo con el firme propósito de concluir mi novela. Me encerré a cal y canto y sólo salía al banco a sacar mi ración de pesos que el corrilito me permitía, y también al almacén de los chinos a comprar enlatados, café y carne.

Compré una mesa de saldo, encima puse la computadora, y la coloqué frente a la ventana. Tras la ventana había un árbol; tras el árbol, otro edificio. Justo allí, paraba el colectivo de la línea 19, y cada diez minutos se escuchaba el frenazo, el abrir y cerrar de las puertas batientes y el rugir escandaloso del motor a diesel. Con amargura advertí que el barrio no era lo que yo esperaba. Además del colectivo, deambulaba una pandilla de fieritas, unos veinte

jóvenes desocupados que se reunían a fumar marihuana y darse puñetazos. En sus ratos libres tomaban sol en la acera de enfrente. Traían sus toallas, las extendían en la acera y untaban sus cuerpos con aceite de coco.

Recordé a Séneca. Vivió toda su vida encima de unos baños romanos y tuvo que soportar estoicamente el ruido, las risotadas, la peleas de los clientes mientras trataba de escribir y pensar. En algún momento quiso mudarse, pero recapacitó: ¿De qué sirve —se dijo a sí mismo— salir, irme a otra parte, si adonde vaya siempre llevaré el mismo equipaje?

Un día los fieritas dispusieron un burlíosco sarao matutino. Yo, para mantener mi equilibrio mental, decidí irme a la Biblioteca. Subí a la sala de lectura y conseguí un lugar idóneo para trabajar: había tomacorrientes debajo de la

mesa para enchufar la computadora, y tenía el Río de la Plata frente a mí. Las palabras me picaban en los dedos y rápidamente retomé la escritura. Escribí dos, hasta tres párrafos bastante potables. En ese momento sentí un gran alivio, como cuando uno alcanza el mingitorio antes del desastre. Atribuí esta inspiración (o evacuación) a la panorámica del río, al aire acondicionado y al sillón confortable. Así estuve unos minutos, sumergido en el opio de mis propias palabras hasta que, a eso de las once, escuché una alarma estentórea, y vi luces rojas titilando por todas partes. Un vigilante apareció como un vendaval y me exigió salir de inmediato. Todos los que estábamos allí juntamos nuestras cosas y corrimos velozmente hacia las escaleras, donde ya se sentía el olor del humo. No referiré la histeria propia de estas ocasiones, los

traspiés, los gritos, el nerviosismo. Por instantes me sentí un intelectual copto huyendo del incendio de Alejandría. Pero corrí con suerte. Al cabo de unos minutos había hecho pie en la planta baja y pude salir indemne para observar la acción de los bomberos. El incendio se había producido en el área administrativa, y no alcanzó a devorar un solo libro.

Al salir de la biblioteca me detuve en un bar a meditar acerca de mi destino. Me sentía una ceniza arrojada, un microbio que el planeta rechaza. Pedí una cerveza y me la tomé en dos tragos. Pedí otra. A través de la ventana miré a la gente pasar. La mayoría eran turistas. De pronto, como si hubiese sufrido un pico de presión, me volvieron las ganas de escribir (atributo de las cervezas, sin duda) y en una servilleta emborroné un poema. Por supuesto,

este no podía ser otro que el “Poema sobre el desastre de Lisboa” de Voltaire, pero en su versión tropicalizada y miniatura.

Entonces tuve esta revelación: la servilleta es el mejor amigo del escritor. Ella tiene algo que el papel o la pantalla no tienen: sentido de la oportunidad. Siempre hay una servilleta a mano para albergar una idea, una ráfaga, una angustia. Pero hay un inconveniente: la servilleta está destinada a ir a la basura. Se me ocurrió entonces hacer una antología de textos escritos en servilletas, como una forma de justicia y reparación literaria. Imaginé este título: “Escritura volátil: literatura sin equipaje”. El libro contaría con una hipótesis sencilla (y esta fue la segunda revelación): el lugar del escritor está en una servilleta. Que no es otra cosa que decir: el lugar del escritor es

materia desecharable. Porque el problema de todo escritor no es el lugar que ocupa, sino el tiempo, que dicho sea de paso es breve, anacrónico, y muy mal pagado.

LABORATORIOS DE EXTRANJERÍA

Tendría unos catorce o quince años cuando encontré dentro de unos polvorientos archivos familiares el viejo pasaporte de mi padre. Aquel documento era tan antiguo (¿1930-1935?) que no tenía forma de libreta sino de pergamino, un amarillento pergamino enrollado como si fuera un diploma o un catalejo. Al desplegarlo pude ver los múltiples sellos de inmigración que parecían componer una historia de acertijos, y me sorprendió que para ir de Caracas a La Paz mi padre trazara el siguiente itinerario: Caracas-Puerto España-Bahía-Río de Janeiro-Buenos Aires-Salta-La Paz. En aquella especie de mapa desplegado pude leer perfectamente el recorrido.

Y haciendo a un lado la sorprendente travesía, sin duda producto de las precarias rutas aéreas de la época, me di cuenta de que ese pasaporte-pergamino, con su confusa narrativa de sellos migratorios, era un auténtico viaje escrito.

Creo que desde ese entonces me gusta pensar que viajar y escribir comparten algunas estrategias. Salir del país en el que estamos, traspasar la frontera para después ver lo que dejamos atrás como si echáramos mano de un telescopio: eso es viajar. O salir de la confusión de uno mismo para después volver sobre la página o la pantalla en un intento muchas veces frustrado de ordenar nuestra subjetividad: eso es escribir. En ambos casos ocurre un traslado, una mudanza, un movimiento que pone en marcha una fuerza centrífuga y también centrípeta, un des-

plazamiento de ida y vuelta que suele conducirnos a un mismo sitio, aunque siempre sea distinto.

Vengo de una familia inmigrante y tengo en el ADN de mi educación sentimental la marca de los pasaportes, los aeropuertos, los descolocamientos. De alguna manera, diría muchos años después de mi proceso de auto psicoanálisis (es decir, después de escribir y publicar algunas páginas arrancadas a mi diván portátil), terminé copiando a mis padres, hice lo mismo que hicieron ellos.

Cuando salí en 1997 rumbo a Madrid tenía fecha de regreso. Sabía que más o menos estaría fuera unos cuatro años. Y esos cuatro años me parecían eternos: cuarenta y ocho meses que jamás acabarían, tan largos y desolados como una pista de aterrizaje. Demasiado tiempo lejos de mi gente, de la

biblioteca de la Universidad Central, del paisaje cotidiano de Caracas, de la amistad, de las guacamayas y de las interminables noches de alegre cervecero.

Recuerdo que llegué en invierno y aquellas primeras heladas me recorrían la nuca de la misma forma que me recorría el miedo. Me preguntaba, tiritando de frío: ¿me voy a quedar aquí todo este tiempo? ¿Aguantaré cuatro años en esta insípida piel de toro? No tenía una respuesta, y el tiempo fue pasando.

Los primeros meses los invertí en caminar. No hacía otra cosa que caminar como un poseso. Caminaba sin rumbo, como extraviado, como un ánima en pena, en busca de mi propio fantasma. Con el tiempo descubrí que caminar era mi deporte, mi terapia, mi meditación transcendental, la forma en que

yo podía encontrarme conmigo mismo mientras no estuviera escribiendo.

Acudía todos los días a la facultad de informática para hacer uso del servicio gratuito de Internet. Allí, frente a unos lentísimos armastostes, escribía largos correos electrónicos a mi familia y a mis amigos en Caracas. Océano de por medio, ese fue mi primer puente con Venezuela: las cartas, los mensajes, las largas descripciones de lo que me rodeaba, el diario más o menos íntimo de mis peripecias de extranjero.

Descubrí en la escritura epistolar un antídoto más o menos eficaz contra ese sarampión que es la distancia. Escribir aquellos mensajes era una forma de continuar acompañado, la engañosa simulación de estar en dos lugares. Pero como no me bastaba la compañía virtual (en aquella época todavía lo virtual generaba desconfianza) man-

daba imprimir todos esos correos electrónicos, los enviados y los recibidos y así, todos los días, abandonaba la sala de informática con un buen fajo de entrañables formas continuas, aquel jurásico papel de rayas verdes y blancas perforado a ambos lados.

Acumulé un montón de esos papeles; todavía debo tener ese tesoro epistolar en algún lugar de Madrid o de Caracas. Más que cartas eran un diario de extranjería, una especie de bitácora del aturdimiento y del asombro. Pero no del asombro ante lo que estaba viendo, sino del asombro conmigo mismo, de todo lo que comenzaba a revelarse dentro mío.

Recuerdo que muchos de esos mensajes tenían como destinatario a mi hermano Carlos, el arquitecto. Sabía (o creía, o deseaba) que le iban a interesar mis morosas descripciones acerca de

la red de Metro, los bares de Moncloa que frecuentaba con mis amigos, mis caminatas de madrugada por Malasaña o los chispazos interculturales con españoles, latinoamericanos y gente de Europa del Este que con frecuencia parecían tripulantes de una nave proveniente del pasado. Pero en el fondo (y eso lo vine a saber después) todas esas descripciones y demorados relatos de mis experiencias eran una manera oblicua de hablar de Caracas, una simulación de mis ganas de comprender y repasar la ciudad que había dejado atrás.

Sé que no soy original al decir esto pero comencé a explorar y discernir Caracas caminando por Madrid. Me explico: di inicio a un proceso de restauración subjetiva de mi propia ciudad, lo que no se tradujo en una platónica seducción producto de la

nostalgia sino en el restablecimiento de los lazos imaginarios que me unían a ella. Comencé, pues, a construirme esa otra ciudad que siempre fue mía y que nunca había conocido del todo, pues pronto advertí que además de la Caracas real, la de las crónicas rojas y las pésimas noticias, había otra Caracas lateral, no menos terrorífica ni indulgente, que se me había escondido durante mucho tiempo, una ciudad fabricada con una especie de hormigón imaginario, una Caracas producto de su historia remota y también fantástica, una urbe que estaba debajo, o al lado, o arriba de la otra, es decir otra Caracas, la misma pero distinta, su heterónimo, su hermana gemela, su *Doppelgänger*.

Otro lugar al que acudía casi todos los días era la biblioteca de la Agencia Española de Cooperación Internacio-

nal. Allí me refugiaba a leer de manera caprichosa, al voleo, sin planificación alguna. Me gustaba llegar muy temprano y consultar, por ejemplo, un enorme atlas que estaba en la entrada. Lupa en mano exploraba los rincones más inhóspitos de las estepas rusas, los atolones del Pacífico o la diminuta red vial de la isla de Creta. Pero sobre todo miraba con gran detalle mi propio país que ahora parecía algo más pequeño de lo que recordaba, o en todo caso más lejano, y también más complejo. Adoraba recorrerlo como si fuera un astronauta o un ser venido de otro planeta, y tomaba apuntes de la topografía de los Valles del Tuy, descubría con asombro los microscópicos poblados del estado Amazonas, y hacía un registro pormenorizado del cordón de caseríos que estaban en la orilla norte del Golfo de Cariaco: Campoma,

Chiguana, Guacarapo, Los Cachicatos. Palabras todas de origen indígena que rebotaban en mi cabeza sin saber por qué ni para qué. Después lo supe, claro que lo supe, y lo supe de la única forma que he encontrado saber lo poco que sé: escribiendo.

Pronto formé parte de una tertulia literaria. Cuando los grupos literarios estaban en su peor nivel de credibilidad, cuando juntarse y hacer una revista o una humilde editorial era interpretado como la acción desesperada de un puñado de muertos de hambre, amigos narradores y poetas provenientes de diversas partes (Escocia, Corea del Sur, Argentina, Colombia, México, y por supuesto, España y Venezuela) nos reuníamos todas las semanas para compartir lecturas, criticar a la gente y cervecear con puntualidad. En esas legendarias reuniones de ESTRUENDO-

Mudo (así se llamaba nuestra heroica banda) mi principal aporte fueron los poemas de Eugenio Montejo y la lectura de *El cuaderno de Blas Coll*. Para la mayoría de los integrantes de la patota, Montejo era un completo (o semi) desconocido. Yo llevaba photocopies para todos y leía en voz alta las peripecias mentales de aquel Robinson de Puerto Malo, o accedía a releer "Islandia", un poema que suele convertirse en un éxito automático en cualquier parte del mundo. Mi microscópica labor de embajador de nuestra literatura había comenzado (y quizás continua) en la mesa de un bar.

Por aquellos días colaboraba con bastante frecuencia para Cuadernos Hispanoamericanos, la revista cultural del Ministerio de Asuntos Exteriores de España. Publiqué muchas crónicas, ensayos literarios y comentarios de

libros. Publiqué poemas, entrevistas, reportajes, un poco de todo. Pero del conjunto de mis colaboraciones la que más recuerdo e hice con más ilusión fue encargarme de la coordinación de un dossier sobre Aspectos de la Cultura Venezolana. El *dossier* integra el nº 616 de la revista y contó con las colaboraciones de Gustavo Guerrero, Víctor Carreño, Antonio López Ortega, Rafael Castillo Zapata y este servidor. Nunca, en la larga tradición de la veterana revista cuyo fundador había sido Pedro Laín Entralgo, se había hecho un dossier de cultura y literatura venezolanas. Fueron setenta páginas inolvidables.

Mis años en Madrid pasaron a gran velocidad y me ocurrieron muchas cosas de las que suelen ocurrirle a un vulgar inmigrante: viajé, leí, escribí, estudié, trabajé, me desocupé, me se-

paré, me empobrecí, me harté, me fui. No fue una decisión fácil. Los seis años que estuve allá dejaron una marca que aún persiste: la amistad que, pese a la distancia, uno sigue cultivando. Y también esa sensación de que algo de uno se quedó allá, quiero decir, ese trozo de mi memoria emocional que aún permanece atado a esas calles y a ese cielo insopportablemente azul de la meseta de Castilla. Madrid, con su aire pueblerino y su libertad receptiva, fue mi primer laboratorio de extranjería.

Volví a Caracas en el año 2003 y allí permanecí durante dos años. Eran tiempos difíciles: el paro petrolero y el 11 de abril estaban todavía muy recientes y la sociedad vivía momentos de auténtica crispación colectiva. Creo que tuve mucha suerte de transitar esos años y ver de primera mano (sin que

nadie me lo contara, ni los periódicos ni la tele) la manera en que Venezuela había cambiado, y cómo entrábamos en un túnel oscuro y vertiginoso en el que todavía no hemos encontrado la salida. No era el mismo país que había dejado atrás, eso estaba claro, y tuve que hacer enormes esfuerzos para entender los nuevos códigos, interpretar la manera en que la política prevalecía como una especie de cortina de humo sobre el conjunto de la sociedad, y advertir las heridas de un país fracturado en términos no tanto ideológicos sino emocionales. Incluso advertí el dramático incremento de un sentimiento que no había percibido antes: la ira. El país parecía haberse transformado en una máquina colérica e irreconciliable, y yo estaba ahí para percibirlo e interpretarlo. Por supuesto esto no era ninguna novedad para quienes vivían en Vene-

zuela pero sí para quienes estábamos fuera, y sobre todo para alguien que se había ido en 1997, cuando todavía estaba en Miraflores Rafael Caldera.

Como si se tratase de un obsesivo cartógrafo, invertí ese año y medio en recorrer el país y la ciudad, retomar amistades, dar clases, pulsar la opinión de mis alumnos, trabajar en una institución cultural y sobre todo sorprenderme ante cada cosa que veía, pues lo bueno (y más difícil) de volver es que siempre lo hacemos con los ojos demasiado abiertos, con una sensibilidad casi insoportable. Estaba, pues, con muchas ganas de ponerme al día, y "cotejar" los archivos de mi memoria con lo que tenía delante de mí, y sobre todo comenzar a dar forma a esa otra ciudad que ya había intuido en Madrid y que ahora se me revelaba de una forma más explícita: la Caracas paralela,

esa ciudad construida con las fantasías de todos sus habitantes, la urbe invisible que, desde la sombra, parecía marcar a fuego la cotidianidad y el espíritu de su gente.

Construir esa ciudad paralela no era para nada caprichoso. Era la manera ilusoria en que yo podía permanecer en ella sin habitarla, seguir ahí mientras mi domicilio se convertía en materia inestable. Mi método (y esto lo supe varios años después) fue llevármela en la valija, y para ello debía transformarla en algo portátil, reducirla, como si fuese un alquimista, a su expresión más sintética, o por lo menos a la expresión más sintética que yo, con el uso de mis recursos literarios, podía alcanzar. Así comenzó a nacer en mí la idea de una Caracas bajo tierra, construida en la memoria remota de las agujas del sismógrafo, en el rastro dejado por sus

habitantes originarios y las consecuencias del deslave de 1999.

2

Mi segundo laboratorio de extranjería ha sido Buenos Aires. Puse rumbo a esta ciudad en el año 2005 y desde entonces me encuentro instalado en el barrio de Almagro, ahora con hijo nacido en estos sures. Comento lo de mi hijo pues desde su nacimiento operó en mí una nueva manera de vivir la extranjería y por lo tanto una nueva forma de entender mi procedencia.

Lo primero que observé (y con esto no digo nada nuevo) es que en realidad nadie escoge el lugar donde nace. Es una obviedad, lo sé, pero hay en todo esto, y para decirlo con palabras

de Ferdinand de Saussure, una arbitrariedad del signo del nacimiento. Nuestra aparición en el mundo es obra de una gigantesca casualidad; al nacer ponemos en marcha complejos mecanismos de coincidencia de modo que todo origen, en definitiva y sin que podamos evitarlo y mucho menos alentarlo, termina siendo arbitrario. Y si todo origen es arbitrario entonces las patrias, las fronteras y los nacionalismos son vulgares e inocultables patrañas. Eso para empezar.

Después me di cuenta, por obra de la lingüística nuevamente, que el español del Río de Plata comenzaba a contrabandearse en casa de la manera más impune. No fue fácil escuchar los primeros voseos de mi hijo, o sus eyes o eshes pronunciadas con la boca frunciada y con esa especie de ducha palatal atravesando sus dientes diminutos.

Que mi esposa hablara en porteño era algo para lo que yo estaba acostumbrado, pero que mi hijo, sangre de mi sangre, huesos de mis huesos, me dijera che boludo papá, ya era demasiado.

Comenzó a perpetrarse en casa un *collage* dialectal en el que el vos y el tú bailaban una confusa salsa-milonga. Hubo ocasiones en que Manuel vozaba con su mamá y tuteaba con su padre, cambiaba de registro como si llevara un *switch* en la lengua. Los tres mezclábamos el Río de la Plata con el litoral central, La Boca con Catia la Mar, siempre ensayando nuestra particular gramática doméstica. Con los años estas mezcolanzas evolucionaron hacia formas no premeditadas: mi esposa comenzó a sufrir de una progresiva tropicalización lingüística, y mi ser verbal fue blanco de una preocupante porteñización. Y el único que parecía

cómodo en ambos estilos era Manuel, para quien los dos países no eran, supongo, países sino zonas de asombro, universos de contenidos simbólicos abiertos.

Sin proponérselo, mi hijo argentino interpelaba la condición de mi procedencia venezolana. Nuevamente el laboratorio de extranjería se ponía en marcha pero esta vez de forma distinta. Recuerdo que un día me preguntó si la playa en la que habíamos estado dos meses atrás quedaba en Venezuela o en Argentina. Me pareció una pregunta de una ingenuidad desgarradora.

—En Venezuela —respondí.

—Ah —dijo.

Y eso fue todo. Pero en realidad fue mucho. Me di cuenta de que la manera en la que él entendía el aquí y el allá era completamente distinta. Así como mez-

claba las palabras y los giros lingüísticos mezclaba también las geografías y en algún sentido su experiencia ocurría en un solo campo de afectos, sin importar dónde estaban dispuestos o domiciliados esos afectos. Todo parecía ocurrir en su tiempo real y mental de niño, sin un antes ni un después aparentes, sin un lejos ni un cerca. La experiencia transcurriendo en un tiempo esférico y único, y en un espacio hecho a su medida, siempre a su alcance.

Si Madrid, con relación a mi procedencia, me ayudó a construir el reverso fantasma de mi ciudad de origen, Buenos Aires me ha dado, a través de mi hijo, la conciencia y la posibilidad de construir un relato y transmitirlo. O varios relatos, los diversos relatos de mi inestable condición migrante, de la experiencia de mi subjetividad bifurcada. Las mezclas lingüísticas,

las contaminaciones culturales, ese espejo filial en que uno se ve reflejado: ¿dónde está esa playa, en Venezuela o Argentina? ¿Dónde ocurre la experiencia? ¿Qué lugar escoge la memoria para domiciliarse? ¿Cuáles son los itinerarios que van de la experiencia al recuerdo, y viceversa?

Para ello hizo falta que me reconectara nuevamente con Venezuela, con ese universo de inquietudes que denominamos país. Pero ahora la reconexión incluía a mi hijo, con el que me proponía fabricar una especie de red que sirviera de amortiguación en caso de emergencias; algo así como la construcción deliberada, y no menos artificiosa, de un arraigo compartido. Algo (lo pienso ahora, años después) abiertamente íntimo, familiar pero también literario, pues ese relato que trasmitía o necesitaba trasmitir era la mezcla de

una memoria asociada a mis raíces y a mi país (ambos un poco volátiles), junto con todas las estrategias narrativas que suelo utilizar en la escritura: el énfasis, la digresión, la intriga, el enigma, las pistas falsas, los cambios de velocidad, el encubrimiento, la teatralización y los personajes aparentemente insignificantes. Y cuando emprendía, siempre de manera aleatoria uno de esos relatos, bien fuera en la mesa, mientras comíamos, o en el parque al hacer una tregua después de jugar a la pelota, yo estaba consciente de las inevitables modificaciones que el relato sufría, los baches insalvables, las incertidumbres que le eran propias, sabía que el relato siempre iba a ser incompleto, sospechoso en su veracidad, inestable, y quizás por ello solía cerrar la historia con una adivinanza o un acertijo, a modo de falsa conclu-

sión o cierre, o más bien como la única manera con que podía detener el relato porque hay relatos que no terminan, simplemente se detienen.

Doy un ejemplo: las empanadas.

Es de los platos favoritos de mi hijo. Un día le conté que su abuelo, mi padre, de origen boliviano, me había dicho que las empanadas salteñas, típicas de Bolivia, en realidad eran empanadas provenientes de la provincia argentina de Salta. Y que hacía más un siglo unas señoras muy bajitas con unas faldas muy grandotas llevaron las recetas de esas empandas a La Paz, capital de Bolivia, donde nació el abuelo, y que muchos años después, cuando el abuelo ya estaba en Caracas (había llegado en un barco enorme junto con la abuela) quiso comer las deliciosas empanadas salteñas pero claro, en Caracas no había empanadas

salteñas. Entonces empezó a preguntarle a la gente si conocían las empanadas salteñas pero nadie conocía las empanadas salteñas hasta que una persona le dijo que había unas señoras bolivianas, también muy bajitas, que preparaban esas empanadas y las vendían en una casa muy chiquita en la Avenida Libertador. Entonces yo iba –le cuento– a tu edad, a mis seis años, a buscar las empanadas salteñas con tu abuelo arriba del enorme carro de tu abuelo, un carro que era tan largo y tan lento que parecía una ballena. Y un día recogimos las empanadas y nos fuimos a un cancha de fútbol que había en el colegio San Ignacio, donde ahora está el centro comercial ese donde tomamos unos helados, ¿recuerdas? Y allí tu abuelo me llevó a las gradas, me dejó las empanadas, se puso la camiseta del equipo, entró a la cancha y

empezó a jugar al fútbol cuando nadie jugaba fútbol en Venezuela, solo los italianos, los españoles y los curas de la iglesia jugaban al fútbol en Venezuela... Bueno, entonces yo me quedé en las gradas junto con otros niños mirando a nuestros papás patear la pelota, tu abuelo estaba un poco gordito pero todavía corría y pateaba la pelota como si fuera Messi, y mientras tanto yo me comía las empanadas, las de carne eran mis preferidas, un poco picantes y con pedacitos de papa y aceitunas, las mismas, exactamente las mismas empanadas que a ti tanto te gustan, esas que preparas junto con mamá en la cocina y las llevas todos los jueves en la vianda cuando te quedas a comer en el cole los días en que te toca natación... (Justo en este momento detengo mi relato, abro un silencio expectante que dura algunos segundos y tras el breve

intervalo, a modo de golpe de efecto, cierro con una pregunta.) Ajá, y ahora dime una cosa, después de todo lo que te conté, ¿de dónde crees que son las empanadas, de Bolivia, de Argentina o de Venezuela?

Como era de esperar Manuel no responde a mi pregunta. No solo eso, creo que tampoco le interesó mi relato. Quizás porque en el fondo es *mi* relato y no el suyo, y esto me hace pensar que todavía debo calibrar mejor dónde está la barrera que divide la transmisión de mi relato, y dónde esa transmisión pasa a ser una infiltración, una necesidad mía más que suya. Es decir, dónde debo detenerme para que él mismo construya su propia identidad asociada a un país o a una nación o a una cultura. ¿Acaso no fue lo mismo que tuvo que hacer mi padre? Que mi onda expansiva que se origina en mi

procedencia y alcanza a mi hijo sirva de alimento y no de cortina, que lo ayude a encontrar lo que busca y no lo abrume. Ese equilibrio es, a mi modo de ver, la clave de ser padre de un hijo nacido en un país extranjero. Y sospecho que también es la clave a la hora de escribir, porque los libros son algo parecido a hijos nacidos y criados en otras latitudes, tantas veces forasteras e imaginarias. Entonces me pregunto cómo y en qué lugar se coloca el escritor cuando escribe desde una geografía cultural ajena, bien sea transitoria, definitiva o sustituta; cómo manejar los contrabandos lingüísticos, imaginarios o noticiosos que vienen de otra parte y de qué forma asumirlos o rechazarlos en la ficción; cómo hacer para que todo eso sirva de alimento y no de cortina al libro que escribo, que lo ayude a encontrar lo que busca y no lo abrume.

Y más específicamente, de qué manera metabolizar la realidad de mi lugar de origen y cómo transformarla en materia de exploración narrativa. Qué lugar ocupa todo eso dentro de mi caja de herramientas de escritura, hasta qué punto eludir esos contenidos, enfrentarlos, camuflarlos o mezclarlos hasta convertirlos en materia transparente, cifrada o invisible. Visto así, escribir es un constante viaje migratorio de ida y de venida, una permanente meditación acerca de dónde estamos y desde qué arenas movedizas escribimos. Mi hijo, al impactar en mi mundo real e imaginario, me ha enseñado cosas que intento trasladar a esos otros vástagos que son los libros. La escritura, tras estos quince años fuera del país, se ha convertido en mi mayor laboratorio de extranjería.

ACERCA DE MÍ

Materia de otro mundo, Ciudad imaginaria, La paradoja de Itaca y Bajo tierra son mis libros publicados. A este último se lo asocia con el Premio de la Crítica y el de la Bienal de Novela Adriano González León. También escribí un par de guiones de largometraje, Peones y *El libro que no ganó el concurso*. Colaboro con medios impresos y digitales en Argentina, Venezuela y España, y coedito dos revistas digitales: <www.cuatrocuentos.wordpress.com> y <www.lasmalasjuntas.com>, ambas dedicadas a

esa piedra de Sísifo que es divulgar la literatura en español. Estudié Letras en la Universidad Central de Venezuela y cursé el doctorado en hispanoamericanas en la Universidad Complutense de Madrid. Esa ciudad, Caracas y ahora Buenos Aires conforman el itinerario de este venezolano nacido el mismo año que el Sargento Pimienta.

ARTE DE TAPA

Francisco Medail

"Implosión #03". Apropiación digital. C-print. 100 x 100 cm. 2011.

Nací en Entre Ríos en 1991. A los 18 años me vine a vivir a Capital Federal. Estudié en la Escuela Nacional de Fotografía y continué mi formación con Daniel Tubío y Eduardo Gil. Interesado en las prácticas curatoriales, realicé seminarios con Alejandro Castellote, María Lightower, Beatriz de las Heras y Rafael Doctor.

Paralelamente soy estudiante de la Licenciatura en Conservación y Restauración de Bienes Culturales (IUNA)

y de la Licenciatura en Gestión Cultural (UNDAV). Realicé talleres de historia y conservación de fotografías con Abel Alexander, Mauro Mazzini y Lilián Bustos.

Mi obra ha sido exhibida en Galería Ruth Benzacar (*Curriculum Cero*, 2011), Centro Cultural Recoleta (*Premio Prilidiano Pueyrredón*, 2012) y Galería ArtexArte (*NanoFestival*, 2012), entre otros. Actualmente formo parte de *Madriguera*, revista de fotografía contemporánea que difunde la obra de autores jóvenes haciendo énfasis en el trabajo curatorial.

ÍNDICE

El país del escritor	7
Revelación de la servilleta	41
Laboratorios de extranjería	57
Acerca de mí	89
Arte de tapa.....	91

Que los árboles muertos
en este papel
vuelvan a crecer árboles
cuando hombres y mujeres
hayan saciado su sed
de conocimiento.

Se terminó de imprimir en
Imprenta Dorrego
Av. Dorrego 1102 - CABA
en marzo de 2013.